



**SOBRINO CHOMÓN, Tomás. San José de Ávila. Desde la muerte de santa Teresa hasta finales del siglo XIX. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 2009, 300 p.**

---

¿Sabía usted que la primera monja que profesó en el monasterio de San José de Ávila el mismo año de su fundación, es decir, el año de 1562, era de la misma ciudad de Ávila y quiso llamarse Úrsula de los Santos?, ¿que una de las primitivas monjas era viuda y dejaba dos hijas, de las que tuvo que preocuparse incluso desde dentro del convento?, ¿que la primera hermana lega fue Ana de San Bartolomé, que en San José tuvo que hacer de portera, cocinera, enfermera e, incluso de peón de albañil; que aprendió a leer escribiéndole cartas a Sta. Teresa, de la que terminó siendo enfermera y secretaria; y que fue la iniciadora del Carmelo en Francia, muriendo en el carmelo de Amberes por ella fundado?, ¿sabía que una de las monjas que entraron en san José en tiempos de Santa Teresa, cuyo nombre no nos ha llegado, tuvo que abandonar el convento? Como éstas podrían hacerse muchas preguntas, cuyas respuestas se encuentran en la historia bien documentada de la vida del convento de San José, que ha escrito el sacerdote abulense Tomás Sobrino, ya conocido por la historia de los primeros años del convento de San José y otras obras importantes de la historia de nuestra ciudad de Ávila y de la Iglesia abulense en general. Todas ellas se caracterizan por el rigor en la documentación, la exposición en un lenguaje sencillo y la aportación de un sinfín de datos de primera mano, que se convierten en fuente para otros historiadores y amigos de las cosas de Ávila.

En este caso, Tomás Sobrino pone ante nuestros ojos la historia del convento de San José, la primera fundación de la Santa, el convento de Las Madres, como le conocemos en Ávila. Inicia su trabajo con una sobria biografía de las primeras monjas de San José, las cuatro que iniciaron la aventura espiritual de la descalcez carmelitana con la misma Madre: Úrsula de los Santos, María de San José, Antonia del Espíritu Santo y María de la Cruz. Para seguir enseguida con una notable lista de monjas, que poblaron san José durante la vida de Santa Teresa. Se trata en este caso de una sobria y notable lista de mujeres, que llevaron a cabo la epopeya de construir un estilo de vida contemplativo, lleno de fuerza espiritual y humana, prolongando la reforma y el estilo humano y divino de la fundadora, santa Teresa. Para nosotros, los abulenses, son nombres que pertenecen a nuestra historia más ilustre, muchos de ellos desconocidos para casi todos nosotros, y sin embargo nombres que ocultan honda vida espiritual, profunda fe, epopeyas fundadoras a lo largo de España y Europa. Leyendo estas semblanzas se entiende bien la afirmación de fray Luis de León, al editar las obras de santa Teresa de Jesús, que él, quien no vio a la santa madre Teresa de Jesús en vida, las conoció bien «en dos imágenes vivas, que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros».

Pero en esta historia de San José de Ávila, que abarca desde la muerte de la madre Teresa de Jesús hasta finales del siglo XIX, el curioso lector puede encontrar muchas cosas más. Por ejemplo, la sorprendente historia del cuerpo de santa Teresa después de su muerte en Alba de Tormes: cómo fue enterrado allí, en el monasterio carmelitano; cómo tres años después, en 1585, el padre Nacianceno y el padre Gracián, acompañados del fiel capellán de la Santa Julián de Ávila, abrieron el sepulcro de la Santa delante de la comunidad, les dejaron un brazo como reliquia, y envolvieron el cuerpo de la Madre «en una sábana y una manta de sayal, abrazado con él», e iniciaron con su tesoro el camino hacia san José de Ávila en una fría madrugada del 25 de noviembre. Fue el comienzo de un larguísimo pleito, en el que frailes carmelitas, obispos, nobles de España, nuncio de Roma y tantos otros intervinieron, unos con razones, otros con la fuerza del poder. Decisiva fue la intervención del duque de Alba. Y el 23 de agosto de 1586, menos de un año después del traslado primero, el cuerpo de la santa reposaba de nuevo en Alba de Tormes, donde ya está para siempre, aunque la discusión y el pleito siguieran todavía no pocos años. Todavía el ayuntamiento de Ávila, en actas municipales del año 1673, formulaba su protesta por los hechos y su reclamación de que fuera devuelto el cuerpo de la más ilustres de sus ciudadanas. Cuando en 1615, poco después de la beatificación de la Santa, la priora de San José, Isabel de Santo Domingo, tenga que responder a una petición de la priora de Zaragoza, que le pedía reliquias de la fundadora, sólo podrá constatar: «Estamos tan pobres en esta casa de reliquias de nuestra Santa Madre, que no he hallado lo que quisiera para servir a vuestra reverencia». Y, sin embargo, como afirma el autor de esta historia, San José de Ávila es todo él una reliquia viviente de la Madre Teresa.

De este relicario y de las personas que a su alrededor se movieron es de lo que trata la continuación de la historia. El autor dedica un interesante capítulo a los amigos de primera hora del monasterio. Son nombres conocidos, aunque ahora resalte su relación, siempre de grandísimo cariño y aprecio, con la primera fundación de la Santa: el antiguo obispo de Ávila don Álvaro de Mendoza, el maestro Gaspar Daza, el capellán de la Santa Julián de Ávila, los hermanos de santa Teresa, don Francisco Salcedo, «el caballero santo». Todos quisieron buscar un rincón en la iglesia del monasterio, para descansar en tan santo lugar, aunque no siempre lo consiguieran. Por otra parte, de especial interés es la historia del edificio de San José. Mejor dicho, del conjunto de edificios que fueron componiendo esta reliquia viva de la que en Ávila

nos sentimos a la vez orgullosos y responsables. Se trata de una narración exhaustiva, hecha con documentos de primera mano, en la que vemos cómo va creciendo el monasterio al ritmo de las necesidades de la comunidad y de los medios económicos existentes, casi siempre escasos. Particular interés tiene, a mi juicio, la intervención de Francisco de Mora, arquitecto real, que sufre una conversión paulina, que va desde su desinterés por santa Teresa y sus obras al entusiasmo más entregado, convirtiéndose en gran lector y fiel devoto suyo, hasta el punto de costear de su propio bolsillo mucho de la Iglesia, que es la que actualmente vemos y disfrutamos. Por cierto, cuando se llega casi al final de la calle San segundo, frente al paredón del convento de Las Madres, puede verse una falsa puerta tapiada, con una cruz de madera adosada. Es la puerta de la antigua portería del convento, antes de la obra del arquitecto Francisco de la Mora.

En fin, otras muchas cosas podemos conocer de nuestro querido convento de San José. Por ejemplo, su complicada (y siempre escasa) economía a lo largo de estos siglos. Especial interés tienen las fiestas que en el convento y en Ávila se hicieron con ocasión de la beatificación de la madre Teresa en 1614, que tienen cierto parecido con las actuales. Así, se pusieron luminarias por toda la ciudad, hubo comedias y fuegos artificiales, se corrieron toros y se jugaron cañas, y se celebró la primera procesión de las muchas que después se harían con una imagen de la Santa, desde el convento de los padres carmelitas (entonces el Carmen calzado, es decir, el templo que hoy está englobado en el museo provincial y cuya espadaña del Carmen aún pervive en el lienzo norte de la muralla) hasta la catedral. Podremos también averiguar quiénes están enterrados en la Iglesia de San José de las Madres, quiénes fueron sus prioras a lo largo de estos siglos, y cómo sobrellevaron las monjas la poco respetuosa invasión francesa a principios del siglo XIX.

Estos y un sinfín de datos más puede el curioso lector espigar en un libro bien escrito, mejor documentado, a caballo entre la escueta exposición histórica y la crónica llena de afecto y entusiasmo por la Santa y su primera fundación, todo ello precedido de una breve presentación del presidente de la Diputación Provincial de Ávila, D. Agustín González, quien sitúa este trabajo entre los que ya se van iniciando con ocasión del V Centenario del Nacimiento de Santa Teresa el próximo año 2014. También la madre Julia de la Madre de Dios, actual priora del convento de San José, escribe unas palabras previas. En ellas felicita a Tomás Sobrino por su gran competencia profesional, demostrada en esta obra, y por su gran cariño al convento de Las Madres, no menos patente a lo largo de las casi trescientas páginas de su estudio. Esta felicitación es también la mía, que hago extensiva a la Institución Gran Duque de Alba, que, una vez más, nos obsequia con un trabajo bien hecho sobre un pequeño rincón de Ávila que, como tantas veces en nuestra ciudad, tiene una clara proyección universal.

José Manuel Sánchez Caro  
*Miembro de la Institución Gran Duque de Alba*